

Doris Lessing

*Premio Nobel de Literatura 2007*

# El sueño más dulce



«Espero sobre todo haber sido capaz de recrear el espíritu de la década de los sesenta, una época que vista en retrospectiva y comparada con lo que vino después parece sorprendentemente inocente. Hubo en ella poco de la maldad de los setenta o de la fría codicia de los ochenta».

Doris Lessing renunció a escribir el tercer volumen de su autobiografía para no «perjudicar a personas vulnerables» y ha escrito en su lugar una maravillosa y radical obra crítica en la que, a través de las vidas de un grupo de jóvenes inconformistas, plasma una época, heredera de dos guerras mundiales, floreciente en nuevas actitudes ante la vida.

Con gratitud a mi editor en Flamingo, Philip Gwyn Jones; a mi agente, Jonathan Clowes, por sus buenos consejos y críticas, y a Antony Chenells, por su ayuda con las partes de la novela que tratan del catolicismo.

## Nota de la autora

No escribo el tercer volumen de mi autobiografía para no perjudicar a personas vulnerables. Eso no significa que la haya novelado. En este libro no hay referencias a personas reales, salvo en el caso de un personaje muy secundario.

Espero sobre todo, haber sido capaz de recrear el espíritu de la década de los sesenta, una época que, vista retrospectivamente y comparada con lo que vino después, parece sorprendentemente inocente. Hubo en ella poco de la maldad de los setenta o de la fría codicia de los ochenta.

Algunos acontecimientos ambientados a finales de los setenta y principios de los ochenta sucedieron en realidad una década después.

La Campaña por el Desarme Nuclear se opuso a que el Gobierno tomara medidas para proteger a la población de las consecuencias de un posible ataque o accidente nuclear, incluso de la lluvia radiactiva, pese a que la protección de los ciudadanos debería ser la principal responsabilidad de cualquier gobierno.

Muchos trataron a aquéllos que creían en la conveniencia de velar por la seguridad de la población como enemigos; los agredieron con insultos —el más leve de los cuales era «fascistas»— y en ocasiones físicamente. Amenazas de muerte, sustancias desagradables introducidas por el buzón de la puerta..., toda la gama de hostigamientos mafiosos. Nunca ha habido una campaña más histérica, alborotadora e irracional.

Los estudiosos de la dinámica de los movimientos de masas encontrarán toda la información al respecto en los archivos de los periódicos; algunos me han escrito cartas con frases como: «Fue una locura. ¿A qué venía todo aquello?».

*Y se van los que fueron buenos chicos.*

## El sueño más dulce

Un anochecer de otoño; abajo, la calle era un escenario de pequeñas luces amarillas que sugerían intimidad, y la gente ya iba abrigada como para el invierno. A su espalda la habitación empezaba a llenarse de una fría penumbra, pero nada conseguiría abatir a Frances: estaba flotando, con el ánimo tan elevado como una nube de verano, tan contenta como una niña que acaba de aprender a andar. La causa de este insólito buen humor era un telegrama de su ex marido, Johnny Lennox —el camarada Johnny—, que había recibido hacía tres días. FIRMADO CONTRATO PARA PELÍCULA DE FIDEL PAGARÉ TODOS LOS ATRASOS Y LO CORRESPONDIENTE A ESTE MES EL DOMINGO. Y el domingo había llegado. Sabía que aquel «todos los atrasos» obedecía a una euforia semejante a la que ella estaba experimentando; de ningún modo los pagaría «todos», pues a esas alturas ascendían a una cantidad tan grande que había perdido la cuenta. Aun así, la confianza que él demostraba parecía indicar que esperaba una suma verdaderamente importante. La confianza era el... no, no debía decir que era el sello de Johnny, pero ¿acaso alguna vez lo había visto amilanado por las circunstancias, o desconcertado siquiera?

Detrás de ella, sobre el escritorio, había dos cartas dispuestas la una al lado de la otra, como una lección acerca de las improbables pero frecuentes yuxtaposiciones dramáticas de la vida. En una le ofrecían un papel en una obra. Frances Lennox era una actriz de reparto, formal y fiable;

nunca le habían exigido otra cosa. Se trataba de una obra nueva y brillante, un mano a mano en el que el protagonista masculino sería Tony Wilde, a quien hasta entonces había considerado tan inalcanzable que jamás había aspirado a ver su nombre junto al de él. Y había sido el propio Tony Wilde quien la había propuesto para el papel. Dos años antes habían trabajado juntos; ella interpretando un personaje insignificante y funcional, como de costumbre. Al final de la breve temporada —la obra había distado de ser un éxito—, después de la última función y entre una y otra salida a escena para saludar, había oído: «Buen trabajo, has estado muy bien». Sonrisas desde el Olimpo, había pensado, aunque sabía que él ya había manifestado cierto interés por ella. No obstante, ahora había tomado conciencia de todas las fantasías febriles por las que se dejaba llevar, lo que no la pilló desprevenida, pues sabía lo atrincherada que estaba, lo bien que controlaba su faceta erótica. A pesar suyo, echó a volar su imaginación pensando en su capacidad para divertirse (aún no la había perdido, ¿verdad?), incluso para experimentar un imprudente placer, si le daban pie, mientras demostraba lo que era capaz de hacer en el escenario, siempre y cuando le brindaran la oportunidad. Sin embargo, en un pequeño teatro y con una obra tan arriesgada no ganaría mucho. De no ser por el telegrama de Johnny, no habría podido permitirse el lujo de aceptar.

En la otra carta le ofrecían que se encargara de un consultorio sentimental (con un nombre aún por decidir) en *The Defender*. Se trataba de un trabajo seguro y bien pagado que supondría una prolongación de su otra faceta profesional, la de periodista *freelance*, que era la que le daba de comer.

Hacía años que escribía sobre los temas más variados. Había hecho sus pinitos en periódicos locales y sensacionalistas, en cualquier sitio donde le pagaran algo. Más tarde comenzó a investigar para artículos serios, que se publicaron en la prensa nacional. Tenía fama de escribir notas rigu-

rosas y equilibradas que a menudo presentaban un enfoque original sobre hechos corrientes.

Se le daría bien. ¿Para qué la capacitaba su experiencia si no para tratar con objetividad los problemas ajenos? Pero aceptar ese trabajo no le proporcionaría placer ni la sensación de estar ampliando sus horizontes. Más bien la obligaría a enderezar los hombros con esa férrea determinación interior que es como un bostezo reprimido.

Qué harta estaba de problemas, de almas magulladas, de críos abandonados; qué maravilloso sería decir: «Bien, ya podéis cuidaros solos por un tiempo. Yo estaré en el teatro todas las noches y la mayor parte del día». (Llegada a ese punto se echó a sí misma otro jarro de agua fría: «¿Has perdido la cabeza?». Sí, y le encantaba).

Vio brillar la copa de un árbol todavía envuelto en su follaje estival, ahora un poco enrarecido; la luz procedente de dos plantas más arriba, de las habitaciones de la vieja, lo había rescatado de la oscuridad para llenarlo de animado movimiento y de un tenue verdor: el color apenas se insinuaba. De manera que Julia estaba en casa. Al readmitir a su suegra —ex suegra— en su mente, experimentó una aprensión familiar, causada por el peso de la censura que descendía a través de la casa hasta ella, aunque recientemente se había percatado de algo más. Julia había estado ingresada en el hospital, al borde de la muerte, y Frances se había visto obligada a reconocer cuánto dependía de ella. ¿Qué haría sin Julia? ¿Qué harían todos?

Entretanto, todo el mundo se refería a ella como «la vieja»; incluida Frances, hasta hacía poco. Andrew, en cambio, no. Y había notado que Colin había empezado a llamarla Julia. En las tres habitaciones situadas directamente encima de donde se encontraba en ese momento, debajo de las de Julia, vivían los hijos que había tenido con Johnny Lennox: Andrew, el mayor, y Colin, el menor.

Frances también disponía de tres habitaciones: un dormitorio, un estudio y un cuarto que siempre venía bien

cuando alguien se quedaba a pasar la noche. Había oído comentar a Rose Trimble: «¿Para qué necesita tantas habitaciones? Es una egoísta».

Sin embargo, nadie se preguntaba para qué quería Julia cuatro habitaciones. La casa era suya. En lo alto de ese edificio ruidoso y demasiado concurrido, en el que la gente no paraba de entrar y salir, dormía en el suelo y llevaba amigos cuyos nombres Frances casi siempre ignoraba, había una zona aparte que era todo orden, donde el aire parecía suavemente malva y olía a violetas, con armarios que contenían sombreros de hacía décadas, adornados con velos, diamantes falsos y flores, así como trajes de una tela y un corte extraordinarios, que ya no se encontraban en las tiendas. Julia Lennox bajaba por la escalera y salía a la calle con la espalda erguida y las manos enfundadas en guantes —tenía cajones repletos de ellos—, con zapatos impecables, sombrero y abrigo violeta, gris o malva, rodeada por un halo de aromas florales. «¿De dónde saca esa ropa?», había preguntado Rose antes de descubrir una verdad del pasado: que era posible guardar la ropa durante años y que no era preciso tirarla una semana después de comprarla.

Debajo de la zona de la casa correspondiente a Frances había un salón que se extendía desde el fondo hasta la fachada, y en cuyo amplísimo sofá rojo, los adolescentes solían intercambiarse apasionadas confidencias, de dos en dos; si Frances abría la puerta con cautela, a veces veía hasta media docena de «críos», acurrucados como una camada de cachorros.

El uso de la estancia no justificaba el que le hubieran concedido tanto espacio en el centro del edificio. La vida de la casa se desarrollaba en la cocina. La sala sólo demostraba su utilidad cuando organizaban una fiesta, lo que no ocurría a menudo, porque los chicos iban a discotecas y conciertos de música pop; aunque les costaba salir de la cocina y separarse de la grandiosa mesa que Julia había

usado para servir sus cenas, con un ala plegada, en los tiempos en que «recibía invitados», como ella decía.

Ahora la mesa estaba siempre extendida, rodeada de entre dieciséis y veinte sillas y banquetas.

El apartamento del sótano era grande, y Frances casi nunca sabía quién acampaba en él. Los sacos de dormir y los edredones salpicaban el suelo como si fuesen despojos de una tormenta. Cuando bajaba no podía evitar sentirse una especie de espía. Aparte de insistir en que mantuvieran el lugar limpio y ordenado —de vez en cuando les daba por «limpiar», aunque los efectos de esos arrebatos higiénicos no resultaban fáciles de apreciar—, procuraba no interferir. Julia no adolecía de las mismas inhibiciones; a menudo descendía por la estrecha escalera y contemplaba la escena de los durmientes, que en ocasiones seguían dentro de sus sacos hasta el mediodía o incluso más, rodeados de tazas sucias, pilas de discos, radios y montañas de ropa; luego se volvía despacio, una figura severa a pesar de los pequeños velos y los guantes, que en ocasiones llevaban una rosa bordada en la muñeca, y tras deducir por la rigidez de una espalda o por una cabeza que se alzaba con nerviosismo que habían reparado en su presencia, subía lentamente la escalera, dejando en el viciado aire un aroma a flores y polvos cosméticos caros.

Frances se asomó a la ventana para ver si salía luz de la cocina; sí, de manera que estarían todos allí, esperando la cena. ¿Quiénes serían esta noche? En ese momento Johnny dobló la esquina con su Escarabajo, aparcó hábilmente y se apeó. Las fantasías de tres días se desvanecieron en el acto, mientras Frances pensaba: «He sido una idiota, una loca. ¿Qué me indujo a creer que iba a cambiar algo?». Aunque de verdad fuera a realizarse esa película, no habría dinero para ella y los chicos, como de costumbre..., si bien él había asegurado que ya habían firmado el contrato, ¿no?

Durante el tiempo que tardó en caminar despacio, detenerse ante el escritorio para contemplar las dos cartas fatídicas, llegar a la puerta, siempre a paso lento, y empezar a bajar la escalera, fue como si aquellos tres días no hubieran existido. No actuaría en la obra, no disfrutaría de la peligrosa intimidad del teatro con Tony Wilde, y estaba casi segura de que al día siguiente escribiría a *The Defender* para aceptar la columna.

Descendió poco a poco, tratando de recuperar la compostura, y se detuvo ante la puerta abierta de la cocina, sonriendo. Allí estaba Johnny, junto a la ventana, de pie y con los brazos apoyados en el alféizar, lleno de arrogancia y —aunque de un modo inconsciente— también de culpa. En torno a la mesa había un variopinto grupo de jóvenes, entre ellos Andrew y Colin. Todos contemplaban a Johnny, que había estado pontificando sobre un tema u otro, con cara de admiración; todos menos sus hijos. Estos sonreían, como los demás, pero de pura ansiedad. Al igual que Frances, sabían que el dinero que les había prometido se había esfumado en el país de los sueños. (¿Por qué se lo había contado? ¡Debería haber sido más lista!). No era la primera vez. Y también sabían, como ella, que Johnny se había presentado en ese momento, cuando sabía que la cocina estaría llena de jóvenes, para que no lo recibieran con ira, lágrimas, reproches..., aunque todo eso pertenecía al pasado, a un pasado lejano.

Johnny abrió los brazos con las palmas hacia ella y esbozó una sonrisa forzada.

—La película se ha cancelado... La CIA... —Al ver la cara que ella ponía, dejó la frase sin terminar, mirando con nerviosismo a los chicos.

—No te molestes —replicó Frances—. La verdad es que no esperaba otra cosa.

Entonces los chicos se volvieron hacia ella con un gesto de preocupación que intensificó sus remordimientos.

Frances se aproximó al horno, donde varios platos estaban a punto de llegar al momento de la verdad. Como si la espalda de su ex mujer lo hubiera absuelto, Johnny comenzó con la vieja cantinela sobre la CÍA y sus maquinaciones, que esta vez habían sido responsables de la cancelación de la película.

Colin, que por lo visto necesitaba hechos a los que aferrarse, lo interrumpió:

—Pero, papá, pensé que el contrato...

—Demasiados problemas —se apresuró a alegar Johnny—. No lo entenderías... La CÍA siempre se sale con la suya.

Frances miró con cautela por encima del hombro y descubrió que el rostro de Colin estaba crispado por una mueca que era a la vez de rabia, confusión y resentimiento. Como de costumbre, Andrew parecía tranquilo, casi risueño, aunque ella sabía que se trataba de una falsa impresión. Esa escena y otras parecidas se habían repetido en incontables ocasiones durante la infancia de los chicos.

En 1939, el año en que estalló la guerra, dos jóvenes optimistas e ignorantes —semejantes a los que ese día se hallaban sentados en torno a la mesa— se habían enamorado, al igual que millones de otros jóvenes de los países combatientes, y se habían abrazado buscando consuelo en un mundo cruel. No obstante, también habían sentido entusiasmo, el síntoma más peligroso de la guerra. Johnny Lennox la presentó a la Liga de las Juventudes Comunistas, que estaba a punto de abandonar para convertirse en adulto, aunque todavía no en soldado. El camarada Johnny era casi una estrella, y necesitaba que ella se enterase. Frances se había sentado al fondo de salas atestadas para oírle explicar que se hallaban ante una guerra imperialista y que las fuerzas progresistas y democráticas debían boicotearla. Muy pronto, sin embargo, él apareció vestido de uniforme en las mismas salas, ante la misma gente, exhortándola a

poner su granito de arena, porque de pronto, debido al ataque de los alemanes a la Unión Soviética, la guerra era contra el fascismo. Junto a los leales se encontraban algunos alborotadores y opositores que prorrumpieron en abucheos y sonoras carcajadas. Se burlaron de Johnny, que estaba allí tranquilamente describiendo la nueva línea del Partido como si no hubiera dicho justo lo contrario poco tiempo antes. A Frances le impresionó su serenidad; con su postura —los brazos extendidos con las palmas hacia fuera—, aceptaba la hostilidad, casi la provocaba, sufriendo por las duras exigencias de la época. Llevaba un uniforme de la RAF. Su primera intención había sido convertirse en piloto, pero su vista no estaba a la altura de lo exigido, de modo que terminó como cabo, pues por razones ideológicas se había negado a aceptar el grado de oficial. Ocuparía un puesto en la administración.

Así había sido la iniciación de Frances a la política, o más bien a la política de Johnny. A finales de la década de los treinta, mantenerse al margen de la política constituía en cierto modo una proeza para una persona joven, pero eso había hecho exactamente. Era hija de un abogado de Kent. El teatro había representado para ella una ventana hacia el *glamour*, la aventura, el gran mundo; primero en obras escolares y luego en grupos de aficionados. Aunque siempre había interpretado papeles importantes, la habían encasillado a causa de su clásica belleza inglesa. Sin embargo, ahora también ella llevaba uniforme; figuraba entre las numerosas jóvenes adscritas al Ministerio de la Guerra, y se encargaba sobre todo de llevar a los oficiales de alta graduación en coche de un lado a otro. Las jóvenes atractivas se lo pasaban bien realizando esa clase de trabajo, aunque se trata de un aspecto de la guerra que suele ocultarse por respeto a los muertos, o quizás incluso por vergüenza. Frances bailaba mucho, salía a cenar, y tuvo sus escarceos con seductores franceses, polacos y americanos, pero no olvidó a Johnny ni las angustiadas noches de pasión que

habían compartido y que alimentaron la añoranza que más tarde sentirían el uno por el otro.

Entretanto, él estaba en Canadá, adiestrando a los aviadores de la RAF acuartelados allí. A estas alturas lo habían nombrado oficial y, como evidenciaban sus cartas, le iba bien; luego regresó a Inglaterra convertido en capitán y ayudante de un pez gordo. Estaba tan apuesto con uniforme, y ella tan atractiva con el suyo... Esa semana se casaron y concibieron a Andrew, lo que supuso el fin de los buenos tiempos, pues ella estaba encerrada en una habitación con un bebé, sola y asustada por los bombardeos. De pronto tenía una suegra, la temible Julia, que, vestida como una dama de sociedad de una revista de modas de los años treinta, se dignó salir de su casa de Hampstead —la casa que ahora habitaba— para mostrarse horrorizada por el sitio donde vivía Frances y ofrecerle un hueco en su hogar. Frances se negó. Aunque no estuviera metida en política, compartía el ferviente deseo de independencia de su generación. Se había marchado de la casa paterna para mudarse a una habitación amueblada, y con el tiempo, pese a haber quedado reducida a poco más que la esposa de Johnny y la madre de un niño, era independiente, se definía a partir de esa idea y se aferraba a ella. Poca cosa, sin duda, pero era lo único que tenía.

Los días y las noches transcurrieron penosamente, y ella estaba tan lejos de la vida glamurosa que había llegado a disfrutar como si jamás hubiera salido de la casa de sus padres. Los dos últimos años de la guerra trajeron consigo muchas dificultades, pobreza y terror.

La comida era mala. Las bombas, que parecían diseñadas para destrozarse los nervios de la gente, afectaban a los suyos. Costaba mucho encontrar ropa, y la poca que se encontraba era horrible. No tenía amigos; sólo se relacionaba con otras mujeres con hijos pequeños. Lo que más temía era defraudar a Johnny cuando regresara, aparecer ante sus ojos como una madre gorda y cansada, muy distinta de la